

Is 61,1-2.10-11;
Sal Lc 1,46-50.53-54;
1Ts 5,16-24;
Jn 1,6-8.19-28

Este es el testimonio de Juan cuando los judíos de Jerusalén enviaron una comisión de sacerdotes y levitas a preguntarle: «¿Tú, quién eres?». Él confesó rotundamente: «Yo no soy el Cristo». Entonces ellos le preguntaron: «¿Eres tú, acaso, Elías?». «No soy», dijo. «¿Eres el profeta que esperamos?». «No», respondió. De nuevo insistieron: «¿Quién eres? Tenemos que dar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?». Respondió: «Yo soy la voz del que clama en el desierto: Rectifiquen el camino del Señor, como dice el profeta Isaías». Algunos de la comisión eran fariseos. Estos le preguntaron: «¿Por qué razón bautizas sino eres ni el Cristo, ni Elías, ni el profeta?». Juan les respondió: «Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay uno a quien no conocen. Él viene detrás de mí, aunque yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias».

Las palabras claves de este domingo son dos: *testimonio* y *alegría*. Juan es un hombre con una sola tarea: anunciar la próxima «venida de nuestro Señor Jesucristo» y por lo tanto dar *testimonio* a fin de que el mundo crea en Aquel que lo había enviado. Su voz no es la voz de Cristo, pero la alza fuerte para volver a llamar y reunir, para mover a los hombres hacia aquel que salva. Juan Bautista prepara el camino al Mesías, que está a punto de iniciar su misión. La conversión que él recomienda es actual también para nosotros. Nuestra época ama a los testigos. El Bautista enseña cómo dar testimonio: a través de su humildad y su preocupación por la verdad; respondiendo a las preguntas de sus interlocutores; invitándolos a buscar la verdad y ayudándolos a darse cuenta que la luz ya está entre ellos.

El Evangelio de Juan de este domingo pone de relieve, más que otras veces, el significado de la *alegría*: la alegría de saber cercano el nacimiento del Salvador que traerá a los más pobres y a los más desheredados una gran esperanza. El Señor sigue mandando a cada cristiano, allí donde está, a transmitir y a compartir la alegría que ha recibido de Él. Sobre todo con los más pobres, con aquellos que la alegría parece haberlos ignorado. Baden Powell, el fundador del Escultismo, sugería así a los scout para saber cómo vivir gozosamente: «Por pobre y pequeño que tú seas, siempre puedes encontrar alguno que está peor que tú, sea él enfermo, anciano o lisiado. Si tú vas a ayudarlo y le das alegría, sucede una cosa extraña: descubres que haciendo felices a los otros, al mismo tiempo te estás haciendo también tú mismo más feliz». Por lo tanto, la alegría requiere una profunda motivación interior. El creyente sabe que ha recibido todo de Dios: aquí está el secreto de la fuerza y de la alegría de todo cristiano.

*El Espíritu del Señor está sobre mí,
me ha enviado para llevar a los pobres la alegre noticia.*

Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y la promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo (EG 187).

